

*Ninguna droga joderá mi libertad,
no quiero dañar mi cuerpo,
no quiero fingir, quiero realidad
voy a decir la verdad en todo momento
hoy soñé que podía cambiar,
nada cambia si nada cambia
el mayor amor lo tengo a mi persona,
ni me quiero matar ni me quiero morir, ¡perdona!*

Kase. O. Renacimiento

PARTE IV

Los hombres sí lloran: masculinidades y vulnerabilidad

Yo, macho

Alejandro Almazán
axlalmazan@hotmail.com

Primera parte

Bien dicen que darse cuenta puede tardar toda una vida. En mi caso, fue hasta la primavera de 2019 que caí en la cuenta de que el machismo era/es el principio de (casi) todos mis males. Esa primavera fui denunciado por acoso en el #MeToo.

Todo empezó cuando mi hermano mayor me avisó que yo figuraba entre las decenas de hombres que estábamos siendo denunciados en Twitter por ejercer la mayoría de las violencias de género: violencias físicas, sexuales, económicas y psicológicas, *violencias instaladas como un lenguaje estable, un sistema de comunicación*, como escribe la antropóloga Rita Segato. Apenas supe la noticia, lo único que se me ocurrió hacer fue asomarme a mis más profundas vergüenzas, que es el sitio donde escondo esas veces en las que he traicionado a mi persona, y busqué aquellas conductas reprobables que fui acumulando en la vida y que, pensaba, con el tiempo se olvidarían. Conductas con las que causé y me causé mucho daño.

Estoy convencido de que si no hubiera probado el LSD¹ siete meses antes del #MeToo, y si durante aquella experiencia psicodélica no me hubiera horrorizado de mi pasado más incómodo, no hubiera afrontado mis vergüenzas ocultas después de colgar con mi hermano. Porque enfrentarlas fue sentir de nuevo como si me hubiera quedado desesperado para siempre. Ese desespero, que conozco desde niño, era la culpa: una sensación que se imponía de manera absoluta y que me apisonaba el pecho. Era algo que me impedía mirar hacia adelante y plantarme con dignidad ante la situación que yo mismo había suscitado con mis comportamientos. Tardé en reponerme. No recuerdo cuánto me demoré en abrir el Twitter para leer lo que no quería leer.

Cuando encontré mi nombre y leí de qué se me denunciaba, comencé a escuchar un zumbido ensanchándose adentro de mi cabeza, uno que me impedía seguir oyendo mis pensamientos que, para ese momento, eran claramente apocalípticos. Ese zumbido era el sonido de la vergüenza. La pinche vergüenza que no había tenido anoche, ni ayer, ni el fin de semana anterior, ni el mes pasado, mucho menos hace más de tres años cuando, en una de las tantas borracheras que acostumbraba a organizar en mi departamento, le aflojé la correa a mi macho alfa y manoseé a

1 Aquí el enlace a la carta que escribí en torno a esta experiencia, publicado en *San Diego Red*, periódico online: <https://www.sandiegored.com/es/opiniones/169281/TJ-mi-amor-IV>

quien llamaré C, de manera ficticia, para respetar su anonimato. ¿La toqueteé por un complejo de superioridad? ¿O fue por creer que tenía el derecho de hacerlo? Seguro que fue eso y capas más profundas, pero entonces no alcanzaba a entenderlo. Lo único que entendía al recordar aquella noche que acosé a C era que mi persona me provocaba asco. Me di tanta lástima.

En esa falta de habilidades que tengo para adaptarme pronto a la frustración, trataba de convencerme de que no era ese a quien denunciaban, pese a que sí lo era. La basura también se separa, cavilaba en balde, mientras leía las denuncias que otras mujeres habían publicado en Twitter en contra de escritores y periodistas. Denuncias donde el sujeto Hombre ejerce la acción sobre el predicado Mujer a través de verbos como violar, abusar, prostituir, herir, golpear, acosar, hostigar, tocar, forzar, someter, obligar, chantajear, insultar, ofender, agredir, gritar, maltratar, manipular, intimidar, amenazar, abandonar, humillar, espiar, grabar, fotografiar, *estalquear* y muchos verbos más que siempre fueron delitos, pero que se normalizaron en el patriarcado, ese sistema, ya se sabe, por el que se rige la civilización y que está destinado a preservar el poder masculino. Leí denuncias, decía, donde el sujeto Hombre, en el afán del control territorial, *está por encima de todo, incluso de su propia felicidad*, como razona Segato.

Después de leer tanta denuncia, incluyendo las otras dos que hubo en mi contra, concluí que era inmoral e irresponsable hacerme pendejo en el país de los diez feminicidios diarios. Tenía que levantar la mano y reconocerlo.

Fui yo.

Fui yo el acosador.

Entonces redacté algunas líneas a manera de disculpa, mas no las publiqué por temor a la lapidación, pero sobre todo porque mi amiga A me aconsejó que era tiempo de comer un poquito de la mierda que las mujeres han comido desde que el mundo es mundo. *Estamos hartas de disculpas*, me reconvinó y recordé que a lo largo de mi vida me había disculpado hasta el aburrimiento. Con las horas, fui comprendiendo que lo que reclaman las mujeres son derechos y hechos y no una pinche disculpa en redes sociales, por teléfono o por medio de una carta como ésta, donde vengo a reconocer mi machismo, aceptar el manoseo a C y admitir que he cometido otras conductas vergonzosas. Conductas cuyas consecuencias había evadido no solo por arrogante y por cobarde. Ahora sé que también las soslayé por ignorante y por machista.

El filósofo Marshall McLuhan sostiene que el pez descubre el agua hasta que un episodio de riesgo lo saca de su entorno. Esta teoría es adoptada por Sergio Sinay, un investigador de las masculinidades, para explicarnos que el machismo es invisible. Es decir, no distinguimos nuestros niveles de masculinidad tóxica porque no conocemos otro tipo de masculinidad, salvo la que dicta el mandato. Yo, como el pez, descubrí el agua en el verano de 2018, en aquel viaje tecnicolor con LSD y

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

donde, no sé si ya lo dije, vi mi presente, pasado, futuro, todo junto, todo al mismo tiempo, todo pasando por mis ojos, por mi cabeza, por mi corazón, por mis uñas y por mi lengua. Y con todo me refiero a los hechos que, creo, fueron decisivos para ser el hombre que era hasta ese entonces.

Y si bien la sicodelia fue un punto de quiebre para cuestionar mi vida, el viaje y post viaje no me alcanzaron para darme cuenta, o no quise verlo, que detrás del Alejandro egocentrista y solitario, que detrás de ese hombre vacío que no se comprometía en sus relaciones y que se amparaba en la liberación sexual para no sentirse culpable, que detrás del reporterito que se las pegaba de valiente había un macho profundo, un pinche depredador, y ese macho profundo, sin saberlo, chapoteaba en la pecera de la *masculinidad autoritaria, agresiva, heterosexual, hegemónica, proveedora, valiente, con cuerpos rudos y capaces*, de la que habla la filósofa y activista Sayak Valencia.² Masculinidad autoritaria que, creo haberlo dicho ya, logré ver con una espantosa claridad hasta que cientos de mujeres enfrentaron a sus agresores en el #MeToo para que sepamos, de una vez y para siempre, que resisten juntas y que no van a permitir más acosos de batos como yo. Para que entendamos que esto no es una venganza, sino cansancio de la narrativa de ganadores y perdedoras. Y para que la vergüenza recaiga sobre nosotros los agresores y no sobre la víctima.

Fue en esa vergüenza, la más feroz por la que he transitado, cuando se me develó algo que no había podido ver en la veintena de años de terapia, ni la década que llevo fumando mariguana, ni en mi viaje tecnicolor de LSD, ni en cada ocasión que he escrito alguna declaratoria de pérdidas. Fue algo con el poder de no ser advertido por machos como yo: el machismo era mi antagonista y tenía que detenerlo antes de que me matara. Sin esa revelación, que ya no recuerdo en qué minuto se mostró, estoy seguro de que me habría costado otra vida para comprender que admitir los agravios, reparar el daño y desmontar a mi macho son deberes humanos.

No recuerdo si dije deberes humanos o si hablé de obligaciones masculinas cuando le telefoneé a I, mi compañera, que en ese entonces aún vivía en Chile, para avisarle que había estallado el #MeToo en México, y que yo me encontraba entre los denunciados. Recuerdo, eso sí, que con I evité las justificaciones que quizá en otros tiempos hubiera usado para no responder por mis conductas, o para repartir la culpa, o para mantener la mentira, o para creer que era normal acosar a las mujeres durante la fiesta o cuando, erróneamente, alguna sonrisa o alguna mirada las leía yo como una invitación al coqueteo. En otras palabras: a I no le salí con el yo no fui, ni le atribuí mis conductas al alcohol, ni a la mariguana, ni a la paroxetina. No dramaticé con mi infancia, no me agarré de la violencia estructural, ni se lo acredité a las circunstancias. Lo que le dije a I fue que el único culpable aquí era

2 Ideas recogidas del artículo “Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo” de Sayak Valencia, disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n78/n78a04.pdf>

yo y que, como conozco el terror que significa formular una denuncia dentro de un Estado patriarcal como el mexicano (una vez acompañé a mi madre y fue denigrante), me presentaría al ministerio público si es necesario. Mientras esto último ocurre o no, a I le dije que, por mi propio bien, buscaría ayuda para desaprender el machismo aprendido, ese machismo que un día me ayudó a sobrevivir en el mundo de los machos. Y le dije que con mi terapeuta trabajaría la culpa de haber sido un acosador, algunas veces con plena conciencia, la mayoría sin advertirlo.

Desde el otro lado del *FaceTime*, I me avisó de entrada algo que con las horas tomé como si fuera un mantra: *boy les toca a los hombres poner el cuerpo porque nosotras ya nos cansamos de ponerlo*. Durante varios días, I me hizo preguntas/anotaciones sobre mi deshumanización hacia la mujer. Yo le conté historias sin filtro, y sin autoflagelación, solo groseramente honestas. Historias que hablaban, sobre todo, de mi macho de la última década, los años en los que conseguí más privilegios de los que ya había ganado solo por el hecho de haber nacido hombre heterosexual. O sea, en esta última década no solo había conseguido mejores ofertas de trabajo, o me había trepado al transporte público sin reparar en el riesgo de que me violaran, o me había vestido como se me daba la gana, o nadie había controlado mis salidas o mi salario, o los hombres le habían dado más valor a mi palabra, sino que también había logrado otro tipo de privilegios a la altura de la fugaz fama periodística: el reconocimiento, la plata, el poder de decisión, los contactos y, sobre todo, mayores complicidades. La molotov perfecta para que a un machito silvestre como yo, incapaz de comprender qué eran los privilegios (cuanto menos saberlos manejar), le estallara en la cabeza y se hundiera en el hedonismo. Ahora sé que entre más privilegios conseguí, mayor fue mi deshumanización hacia la mujer, hacia las personas, hacia mí mismo.

En esas conversaciones, le conté a I que muchas veces consideré a la sexualidad como un mero impulso irrefrenable, un acto mecánico donde reducía a la mujer a un cuerpo/objeto y donde las expresiones del coraje espiritual estaban prohibidas. Un acto donde yo debía poder siempre, aunque no tuviera ganas o aunque arriesgara la salud, lo que significaba arriesgar todo. Le conté que más de una ocasión el analfabeto emocional que habitaba en mí se enteró de que se había emborrachado la noche anterior solo hasta que se despertaba y notaba que había una mujer a su lado. Fue aquí, creo, cuando I me habló de Sinay y yo me enteré de que la masculinidad tóxica nos obliga a los hombres a revalidarla todos los días en la cama y en el trabajo. Así lo hemos aprendido en la casa, en la familia, en la calle, en la escuela, en el cine, en la religión, en la televisión, en la radio, en la prensa, en la literatura, en la oficina, en las instituciones del Estado, con los amigos.

Le conté que el combustible para mi hombría lo conseguía de los encuentros casuales, de las infidelidades, de los éxitos laborales, de la temeridad/valemadrismo que asumía por reportear la violencia, de los aduladores (que abundan más de lo que imaginamos), de la exposición pública, y lo conseguía, en gran parte, de las

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

complicidades en las que se sostienen las manadas; manadas donde, ahora lo sé, la masculinidad se mide entre sus integrantes por el poder, por el éxito, por el dinero, por la valentía, por la sexualidad, por la posición social y, en específico, por el silencio. Porque, como en las mafias, *el silencio es la llave que aumenta el capital de los hombres*. De esas manadas, por cierto, me fui después del #MeToo porque, como canta Fito Páez, el tiempo a mí me puso en otro lado.

Le conté a I que, como todo macho, me presté a los caprichos de las personas y me aproveché del amor romántico, ese amor *donde las vidas se funden, pero se funden en la voluntad del hombre*, como escribe la filósofa Silvia Federici, y yo entendí que el amor no es ningún melodrama cantado por José José ni por Calamaro. Le conté también que alguna vez me rompieron la camisa y el hocico por haberme creído el cuento de transpirar una suerte de osadía varonil. Le conté que mi macho reducía a los hombres, haciéndolos creer demasiado femeninos, y que era ese típico machito que se trababa en disputas falocéntricas con otros hombres, disputas profesionales, económicas y sexuales, en las que ellos y yo actuábamos como una jauría de lobos, con la única intención de medírnosla y ver quién la tenía más grande.

Le conté que en varias ocasiones guardé silencio al presenciar cómo los hombres albureaban, ninguneaban o descalificaban a las mujeres. Le conté que consentí que hombres y mujeres me presentaran/ofrecieran mujeres como si fueran un souvenir. Era el mismo macho que compraba autos por tamaño, velocidad y rendimiento, como si se tratara de la extensión de mi anatomía. El mismo macho de la Generación X que, por falta de lógica común y por una nula cultura sobre el machismo, ha cometido las más variopintas conductas, sutiles e imperceptibles, con las que cuenta el poder de dominio masculino: le llamé guapa o invité a salir a mujeres que no conocía, me sentí menos porque el sueldo que ganaba una expareja era superior a mis ingresos, le pregunté a mi sobrina si ya tenía novio, interrumpí a más de una mujer durante una conversación y a otras tantas las miré lascivamente, me despatarré en el transporte público, cuestioné las capacidades intelectuales de varias mujeres, solapé acosos y transas de los amigos y, entre diversas agresiones más, solía restregarles a los hombres que lloraban como niñas. Le conté a I, en resumen, esas faltas irremediabiles que me hubieran complicado seguir adelante si no las hubiera normalizado, eludido o perdonado.

En contra de los malos augurios, I no solo se quedó para escucharme. También se quedó para encaminarme a lo que llaman la deconstrucción, un proceso permanente que es igual de doloroso que el machismo y que requiere de una disciplina diaria. Porque es como aprender de nuevo a gatear, a caminar, a correr, a hablar, a leer, a escribir, a sumar y yo apenas estoy gateando. Por eso todavía me caigo. La otra noche, por ejemplo, me enfrasqué en un pleito con dos policías solo para tantear quién gritaba más animal y quién era el más macho. Llegará el día en que me tropiece menos, le digo a I que sabe todo de mí y aún así cuento con ella. Como sé que cuento con esas cuatro, cinco audaces mujeres que, inesperadamente, me

escribieron, me telefonaron o se reunieron conmigo y me confrontaron y me escucharon. No porque sean enemigas de la sororidad. Me consta que han desafiado decenas de tabúes y prohibiciones del patriarcado. Lo hicieron porque son de las mujeres que concuerdan con Segato en que *el feminismo no puede y no debe construir a los hombres como sus enemigos naturales; el enemigo es el orden patriarcal*.

Supongo que otra razón por la que esas amigas me confrontaron y me preguntaron si me encontraba bien, si necesitaba hablar, y me pidieron que no hiciera ninguna pendejada, fue porque uno de sus súper poderes es la compasión, que no es otra cosa que la genuina preocupación por el otro, algo en peligro de extinción. Sigo sin comprender cómo fui capaz de alejarme tantos años de estas mujeres y de perderme su amistad.

Fue entonces, y solo hasta entonces, cuando leí sobre masculinidades y caí en la cuenta de que el machismo es el principio de (casi) todos mis males.

Segunda parte

a) Querido Alejandro: soy yo, la persona que más de una vez ha querido salir huyendo de tu cabeza. Soy esa suerte de banda sonora que todo el tiempo está encendida. Soy nosotros. Te escribo porque, como te enteraste, el #MeToo me dejó sin voz, sin cara y sin ningún remitente a donde pueda dirigir esta carta que nunca terminaré de escribirte. Es una carta a la que recurro cada vez que aprendo algo nuevo sobre el patriarcado y sobre su entenado mayor, el machismo. Es una carta, querido, en la que procuro contar una historia donde tú eres el protagonista.

La historia arranca cuando I se encuentra al otro lado de la pantalla del celular, preguntándote con su voz bronca cuándo fue la última vez que leíste sobre las masculinidades, y tú no sabes qué contestarle. Quisieras responderle que alguna parte de tu masculinidad procede de toda esa gente, mujeres y hombres, que se han atravesado por tu vida y que, sin proponérselo, te han aportado su granito de patriarcado. Pero temes que si le respondes eso sería como decirle que aprendiste a ser hombre a la deriva. I, que sabe leerte el pensamiento, y esa es una de las tantas razones por las que esperas que se quede contigo, te envía por mail el libro *Masculinidad Tóxica*, escrito por Sinay. Entonces te lanzas a leer y lo primero que descubres es que la principal causa de muerte entre nosotros los varones no figura en ninguna estadística: el machismo.

Ayer mismo, querido, de las casi dos mil 300 defunciones y de los casi cien asesinatos que se registran cada día en México,³ más del 60 por ciento fueron hombres. Hombres que asistieron más veces a un bar que a un consultorio médico, por el simple hecho de que a los hombres se nos inculcó que los padres jamás se enfer-

3 Cifras antes de la era Covid-19.

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

man y que la prueba de que se es hombre consiste en nunca mostrar debilidades. Por cierto, querido, ¿ya fuiste a revisarte la próstata? Pregunto porque varios de los muertos de ayer, y creo que de eso estábamos hablando, fueron hombres cuya hombría no contemplaba el tacto rectal. Otros muertos fueron hombres en cuyas actas de defunción se lee que los mató la cirrosis, el cáncer pulmonar, la diabetes, una sobredosis, un accidente o a causa del VIH. Pero, en realidad, murieron por haberse enganchado a los desenfrenos propios del machismo: el alcohol, el tabaco, el sexo sin protección, las drogas duras, la velocidad, el poder, el trabajo, el dinero, el juego, la violencia, la competencia, la superioridad moral y el valemadrismo.

Sobre los casi cien homicidios de ayer, fueron hombres asesinados por otros hombres que se creyeron más hombres que todos los hombres juntos. Fueron hombres que *usaron la violencia como empoderamiento y adquisición de capital*, como escribe Valencia en *Capitalismo Gore*, aunque esa es otra historia, mucho más profunda y terrorífica, que trata de cómo el neoliberalismo, el narcopoder y la masculinidad autoritaria del narcotráfico han trabado dominios económicos y han establecido políticas de exterminio desde hace más de una década. Esa misma década, querido, en la que andabas anestesiado por reportear la violencia (te convertiste en un machín para ir a enfrentar a los machines) y que andabas anestesiado por tus privilegios de ser hombre. Por eso dejaste de conmoverte.

b) Por esa falta de empatía, querido Alejandro, nunca te percataste de que Segato⁴ escribió que el mandato masculino *crea a los asesinos e instaura una base social grande para que ocurran los feminicidios, que los feminicidios son exhibiciones públicas y políticas de una crueldad correctiva, espectacular e impune*, y que, en el feminicidio, *la misoginia por detrás del acto es un sentimiento más próximo al de los cazadores por su trofeo: se parece al desprecio por su vida o a la convicción de que el único valor de esa vida radica en su disponibilidad para la apropiación*.

Si no hubieras estado tan enfrascado en demostrar tu hombría en la cama y/o en tu trabajo, quizá haber leído a Segato te hubiera provisto de empatía para la lucha de las mujeres, y te hubiera ayudado cuando viajabas a Juaritos a preguntar por qué mataban a las mujeres y regresabas de allá con historias que hablaban de asesinatos seriales, ritos satánicos, funcionarios públicos que violaban y asesinaban en horas de oficina; historias sobre tráfico de órganos, *snuff movies* y violaciones tulumtuarias hechas por hombres con apellidos de abolengo; historias que hablaban de trata de personas y de padrastrós y de policías homicidas. Pero no comprendías que la raíz de tanto feminicidio *era la demostración de la capacidad de dominio de un varón, la renovación de sus votos de virilidad, la reafirmación de autoridad, la ansiedad por demostrarle a otros hombres que se es hombre*. No lo sabías, querido, pero los feminicidios también son *mensajes de ilimitada capacidad violenta y de bajos umbrales de sensibilidad humana, son crímenes corporativos de hombres que administran los recursos, derechos y deberes propios de un*

4 *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Tinta Limón, 2013.

Estado paralelo, crímenes perpetrados contra nosotros, para nosotros —las mexicanas y los mexicanos—, las mujeres de otros países y toda la humanidad en su conjunto.

En la carta donde eres el protagonista, vas a averiguar que los feminicidios aumentan en la medida en que crecen los homicidios entre hombres. Por eso mismo, Guatemala, Honduras, El Salvador y el Congo le disputan a México el trofeo de *País Feminicida*. También descubrirás que la situación de feminicidio no aplica solo el asesinato activo. Para la filósofa Judith Butler, *incluye también el mantenimiento de un clima de terror; uno en el que cualquier mujer, incluidas las mujeres trans, puede ser asesinada*. Butler te llevará a tu falta de registro de los transfeminicidios. Pero esto no sucedió por estar anestesiado ni por andar resolviendo tu violencia interna buscando en la violencia externa. No, querido. Esto fue a consecuencia de tu lógica heterosexual, esa lógica en la que dice Virginie Despentes⁵ *el hombre está más angustiado por el tamaño de su pene*.

c) Querido: para que nunca se te olvide por qué una mujer observa en ti, en mí o en nuestros congéneres a depredadores sexuales, haré que resaltes con plumón amarillo esas palabras donde Sinay cuenta que el escritor Timothy Beneke entrevistó a una veintena de violadores en prisión y concluyó que *no todo varón es un violador, pero todo varón aprende a pensar como un violador*. Entonces recordarás una cifra que desdeñaste por tus privilegios: una de cada cinco mujeres en el mundo será víctima de una violación. Una de cada cinco. Eso significa que la madre, la pareja, la amiga, la hermana o la hija tienen las mismas probabilidades de ser violadas por el padre, por el padrastro, por el novio, por la pareja, por el amigo, por el hermano, por el medio hermano, por el tío, por el primo, por el sobrino, por el ahijado, por el abuelo, por el compadre, por el padrino, por el jefe, por el hijo del jefe, por el ayudante del jefe, por el conocido, por el desconocido, por ti o por mí, y es así como vas a entender por qué las mujeres dicen eso de *Tu aliado es el agresor de otra*, y te preguntarán lo que pasaría si estallara un #MeTooFamilia. Ni todas las cárceles, ni todos los manicomios, ni tres vidas alcanzarían para hacerle justicia a las mujeres. Pero ojalá alguien alumbre ese túnel lleno de monstruosidades. Contrario a lo que ha venido insistiendo el macho por el que votaste, el presidente Andrés Manuel López Obrador, la familia no respeta a las mujeres, ni a lxs niñxs, ni a lxs ancianxs. La familia es machista, depredadora, tóxica.

d) *La mayor cantidad de violaciones y de agresiones sexuales a mujeres no son hechas por sicópatas, sino por personas que están en una sociedad que practica la agresión de género de mil formas, pero que no podrán nunca ser tipificadas como crímenes*, dijo Segato en una entrevista.

Cito a Segato, querido, porque la otra noche, cuando regresabas a casa, una joven mujer que caminaba pasos adelante de ti volteó a verte, como no queriendo la cosa. Apenas bajaste la cabeza para advertirle que no eras el enemigo, ella se atravesó la acera, asustada. Le contaste a I que sentiste que sí, que *El Violador Eres*

5 *Teoría King Kong*. Random House Mondadori, 2018.

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

Tú, como cantan Las Tesis, e I te respondió que ese miedo que sintió aquella mujer por mi culpa es el mismo miedo que ella siente al salir a la calle. Esa especie de antropofobia que has desarrollado desde que te denunciaron, que te replegó a tu casa, y que con la pandemia se ha intensificado, querido, esa se acerca al miedo del que te habla I.

El sociólogo Michael S. Kimmel preguntó a mujeres y hombres qué era aquello a lo que más temían. Las mujeres respondieron que temían a ser violadas y a ser asesinadas. Los hombres, mientras tanto, contestaron que lo que más les asustaba era ser motivo de risa.

e) Carlos Monsiváis, el autonombado misógino feminista, escribió hace 40 años que el macho es *un ser sin contenido sustancial (...) a quien sólo le quedan como recursos para hacerse notar la indiferencia ante la muerte propia o el dolor ajeno*. La humanidad, querido, está llena de esos seres, así que tampoco te sientas único. Millones y millones de hombres en todo el mundo somos machos. Y lo somos, por darte un ejemplo, porque fuimos educados por padres ausentes, y quizá alcohólicos, que crearon a hombres bloqueados emocionalmente; hombres que desconfiamos del resto de los hombres; hombres que hemos actuado con dureza porque así de frágil es la masculinidad. El padre ausente, sin embargo, no exculpa a nadie. Tu obligación, querido, es ir en contra del mandato masculino, aunque ello signifique quedarte solo.

f) Voy a dibujarte caminando sobre la calle, con el ojo chorreado de tinta, así como dibuja y escribe el compa Édgar Aguilar, un norteco que está consciente de que el nortecismo se construye a semejanza del machismo, así como sucede con el mexicanismo. Y mientras tu dibujo recorre las calles, se preguntará porqué nunca había notado los altísimos grados de machismo que está en el ADN, por ejemplo, de esa gente obsesionada con el trabajo, de esos padres estrictos y severos o de los padres alcahuetes, y de esos hombres que ven a su familia como una propiedad o que se refieren a sus hijos como si fueran cachorros. Machismo en estado puro que tu dibujo notará en aquellas personas que creen que tienen el derecho de linchar a otro solo porque a ellas las han linchado, en personas que tuerce las reglas cuando conduce, en gente arrogante y terca, en esa gente a la que le causa orgullo su clasismo y su racismo, o en esas personas que poseen la facilidad de polemizar tiempo completo, como si trabajaran de *boot*.

Machismo que notará tu dibujo en los sabelotodo y en esas personas que de cualquier tema emiten una opinión, principalmente de lo que no conocen o de lo que exageran, como ocurre con los hombres cuando opinan de temas que solo les atañe a las mujeres (el aborto, el 8M). Porque ya se sabe que macho que se precie de serlo, nunca, nunca, se queda callado. Y si no me crees, querido, asómate a las plataformas del neoliberalismo, creadas bajo la lógica patriarcal, llamadas redes sociales. Te apuesto que silenciarás o les darás *unfollow* a la mayoría de las personas que sigues y que te siguen. Ahora con eso de que el número de seguidores es el

nuevo quién la tiene más grande, el machismo ha encontrado en Twitter, en Facebook y en el Instagram a sus mejores exponentes. Míralos cómo humillan a los niñxs y a las mujeres.

Machismo en estado puro, decía, que tu dibujo descubrirá en esas personas que se llenan la boca de patriotismo y nacionalismo, en esos hombres a los que les asusta que les exciten otros hombres, en la gente que solo piensa nuevas formas (legales e ilegales) de ganar más plata, y en esos hombres que *se esfuerzan en tener éxito socialmente para poderse costear las mejores mujeres*, como dice Despentés. Machismo en quienes practican o celebran la cacería, en los amantes al deporte, en quienes hablan demasiado alto y en todxs aquellxs que usan el lenguaje inclusivo sin haber renunciado a ninguno de sus privilegios. Machismo del que a tu dibujo le dará escalofríos cuando lo descubra en esos hombres que se presentan como feministas de izquierda o feministas a secas, y no logran entender el oxímoron o lo imposible de la ecuación. O cuando lo perciba en quienes, por simple corrección política, se dicen *aliades* pero son incapaces de denunciar a sus amigos o a sus empleadores de depredadores, menos de corruptos. Los amarillos, éstos que a la hora de las decisiones dicen mantenerse neutros, son los peores, querido, porque ninguna decisión es neutra.

Machismo que tu dibujo sabrá que es inherente a las personas con espíritu de competición, a los hombres que hoy viajaban contigo en el Metro, a las personas que santifican al albur, a quienes se ofenden por el Zapata *queer*, a quienes basan su masculinidad en el tamaño de los músculos y en la cantidad de esteroides que consuman. Machismo profundo, querido, que habita en el cabrón que te vende el gas, en el que te vende el agua, en el que compra el fierro viejo, en el que vende cubrebocas y en todas esas personas que dejaron de creerle a las mujeres en cuanto sus jefes o sus incondicionales fueron denunciados en el #MeToo. Porque en el país de la doble y triple moral, donde la mayoría cree que ser feminista radica en el órgano sexual y no en el activismo, más vale el interés individual que la sororidad. Por algo I te dice, medio en broma y medio en serio, que México debería declararse país musulmán.

Machismo profundo, decía, en algunas de las personas que, desde que fuiste denunciado, te han volteado a ver como si despidieras el Covid-19; machismo en *aquellxs* que pegan el grito en el cielo solo porque las mujeres, en defensa de su integridad física y de su vida, y ante la falta de justicia y de derechos, pintan el Ángel de la Independencia, el Hemiciclo a Juárez, el Palacio Nacional o toman las facultades de la UNAM.

Tu dibujo terminará leyendo una cita de Despentés: *las mujeres tienen que dinamitarlo todo*.

g) Querido, ¿sabes por qué todos los hombres hemos caído en la trampa del patriarcado? *Porque no es fácil, cuando se pertenece a la raza de los grandes cazadores, no ser el*

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

que trae la comida a casa, escribe Despentés. La trampa es creer que quien no produce no provee, y quien no provee no se siente protector, y quien no es protector no tiene potencia sexual, y quien no es potente no es hombre y quien no es hombre no es nadie.

Lo que debilita a los hombres, lo que los precariza y transforma en sujetos impotentes, es la falta de empleo, dice Segato en *La guerra contra las mujeres*, así que imagínate a toda esa violencia que la pandemia trae consigo en los hombres que están perdiendo su empleo.

Ese mandato de masculinidad, el del proveedor, es el que nos obliga a los hombres a *dar pruebas de narcisismo y de crueldad todo el tiempo*. Es el que ha enfermado y aislado a los hombres. Porque eso es lo que el patriarcado nos ofrece: volvernos agresivos. No en balde son hombres el 95 por ciento de los ejércitos en el mundo. La guerra y el asesinato, querido, son transacciones casi exclusivas entre los hombres. Hombres que en nombre de la paz y por el bien de la patria practican violaciones colectivas y en casa son recibidos como héroes. Por eso ahora entiendes que cuando alguien cita a Churchill, cuando alguien alude a Sun Tzu o cuando alguien pide los *Black Hawk* para acabar con el crimen que tiene a México sumido en un hoyo negro, además de ser un facho, es un macho que se rige por el poderío testicular, pese a casi nadie sepa cuál es la función de los gúevos.

Bien dice Monsiváis que *el nacionalismo está hecho a imagen y semejanza del impulso masculino de la construcción de una nación y del orgullo de pertenecer a una nación construida con violencia*.⁶ Y por eso, en la carta que nunca terminaré de escribirte, querido, ya se me ocurrirá alguna forma para ejemplificar con los tweets que publica esa jauría de machos, integrada por personajes como el expresidente Felipe Calderón, donde le piden a Huitzilopochtli que le avise a Tánatos que varios de sus hijos lo necesitan para *escenificar la hombría, ese privilegio de tan pocos*, Monsiváis *dixit*. El macho honra el ojo por ojo, avala la guerra.

h) Imagina que la socióloga Raewyn Connell sale del libro que publicó hace 25 años, *Masculinidades*, y se para frente a ti, querido. Te va a reprender, por supuesto, pero también te esclarecerá que quienes atacan o acosan a las mujeres *se sienten autorizados por una ideología de supremacía*. Esa supremacía se despliega de forma masiva en mundos donde cualquiera se volvería loco, querido. Mundos que la propia Connell piensa que deberían ser mucho más cuestionados desde el feminismo y desde la disidencia masculina para ser repensados. Mundos como el militar/policial, el empresarial o el gubernamental/político, *mundos castrados de amor y de ética, estructurados en relación con el escenario reproductivo*. Cuando leas lo que acabas de leer, te acordarás de algunos militares, policías, empresarios, funcionarios y políticos que has conocido a lo largo de tu vida y ahora observarás lo que obviabas de ellos: es gente inmersa

6 *Misógino feminista*, Océano, 2013.

en una grave masculinidad tóxica. Algunos han matado, la mayoría ha transado, todos compiten.

No sé si fue Connell quien escribió que en política solo quieren estar los hijos de Maquiavelo. De lo que no tengo duda, querido, es que son hombres los que nos gobiernan, los que ostentan el poder, y que son ellos los responsables de haber convertido el mundo en un lugar hostil y peligroso. Son hombres, atravesados por el mercado y el capital, los que ordenan pagar un salario menor a las mujeres. Son hombres los que instan a no contratar mujeres porque eso se traducen en licencias de maternidad. Son hombres los que asesoran a los políticos y los que orquestan guerras sucias. Son hombres los que aprueban las leyes antiaborto. Son hombres los que juegan a la paridad de género. Son hombres los que dirigen los partidos políticos. Somos hombres los que monopolizamos los mercados, los puestos directivos y los espacios. Somos hombres los que concentramos el poder y los que tenemos la última palabra. Somos hombres lo que limitamos y sancionamos las ideas de las mujeres y de cualquier devenir minoritario. Son hombres los que abusan y acosan a sus empleadas. Somos hombres los que buscamos *muñecas tuneadas*. *Son hombres los que se follan unos a otros a través de las mujeres*, sostiene Despentés y yo le creo porque somos hombres los que estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. *Son hombres los que nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad*, escribe el sociólogo Kimmel.

Somos hombres los que no queremos perder nada, ni siquiera lo que nosotros mismos hemos abandonado. Somos hombres los mayormente denunciados de acoso. Son hombres los que nos violentan, somos hombres los que violentamos a otros, son hombres los que violentan a quienes nos violentaron. Somos hombres quienes pensamos que el sexo es como en la pornografía: mujeres insaciables, dispuestas a cualquier cosa. Somos hombres quienes imponemos la masculinidad hegemónica en mundillos como el religioso, el deportivo, el obrero, el médico, el académico, el mundillo de la artísteadada, de la literatura, del periodismo... Periodismo.

Alto, querido: aquí lograrás comprender el porqué te apartaste, por instinto y desde antes del #MeToo, de los círculos que antes frecuentabas: porque te agotaron las demostraciones de talento y de masculinidad a través del enaltecimiento de las victorias. *Nos probamos, ejecutamos actos heroicos, tomamos riesgos enormes, todo porque queremos que otros hombres admitan nuestra virilidad*, dice Kimmel y lo pondré en cursivas para que lo leas en voz alta la próxima vez que busques el reconocimiento. La masculinidad, apúntalo querido, vive agarrada de alfileres, por eso demanda la aprobación constante.

i) Acuérdate, querido, de la última vez que fuiste a la cantina donde concurrías cada jueves. Fue meses después del #MeToo. Ahí te encontraste con colegas muy parecidos al macho de tus mejores/peores tiempos. Te reflejaste en su arrogancia, en su ambición y en esa avidez de vivir la vida sin hacerle caso a los límites. Te re-

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

flejaste cuando lxs viste elogiarse entre sí, felicitándose por sus logros y contando historias donde se cubrían de honor. Te reflejaste cuando lxs escuchaste otorgándose más méritos de los que poseen o cuando creyeron que tenían autoridad moral. Te reflejaste al verlxs que durante toda la noche trataron como adorno o trofeo a sus acompañantes. Te reflejaste cuando empezaron a sentirse lxs campeones del periodismo, del documental, de las series, de la literatura, de las redes sociales o cuando presumieron sus últimas conquistas, sus últimos éxitos y hablaron de las buenas personas que son. Te reflejaste porque cargan con muchas vergüenzas ocultas, pero igual que tú tienen una brillante capacidad para guardar las apariencias.

Eran tú antes del #MeToo, antes del LSD.

Todes decentes, todes bien portadxs, todes sonrientes para la foto en Instagram. Todes en sincronía con la nueva masculinidad, ese discurso inventado por los medios a fines del siglo pasado, *basado en la corrección política del hombre que intenta explicar qué significa ser y vivir como mujer, sobreactuando la culpa*, como escribe Sinay. Corrección política que solo ha traído consigo condescendencia y cambios cosméticos al patriarcado. Por eso resaltaré con rosa mexicano que *los hombres creemos que declarándonos pro femeninos y renegando de tradicionales hábitos masculinos conjuraremos el machismo*. Nuestra reconstrucción emocional, dice Sinay, no será un proceso tan superficial, ni tan fácil ni tan veloz. *Primero se necesita que los hombres hagamos un examen de conciencia porque sin la introspección no hay manera de revertir las conductas*.

j) Querido, quizá a estas alturas haya un giro inesperado. Uno donde cuente aquella ocasión, en el verano pasado, cuando leíste un texto sobre la masculinidad tóxica, escrito por un conocido tuyo, y lo primero que hiciste fue descalificarlo desde tus prejuicios. Y los prejuicios, ya se sabe, siempre vienen anteceditos por alguno de los entenados con los que cuenta el patriarcado: el clasismo, el racismo, la intolerancia y el machismo. Con esos mismos prejuicios, querido, puede que alguien lea esta carta si algún día se publica. No faltará el macho que piense que escribimos porque tratamos de no perder lo que ya perdimos. Pero, al menos a mí, querido, no me interesa recuperar aquellas relaciones que se sostenían solo por la adicción a la mariguana o a la fiesta, o donde yo tenía que ser cómplice de conductas cuestionables, o que se trababan por interés laboral y que, desafortunadamente, ocurría en la mayoría de tus relaciones.

Pase lo que pase, querido, no pierdas esa sonrisa que tanto nos costó recuperar.

k) Los hombres no acostumbramos a renunciar a nuestros privilegios. No lo digo yo, querido, lo escribió Sinay, y esa es una de las razones por las que muy pocos hombres revierten sus conductas. Los privilegios son inventos del patriarcado, como es el caso del contrato matrimonial: *un intercambio en donde la mujer se compromete a efectuar cierto número de tareas ingratas asegurando así el confort del hombre por una tarifa sin competencia alguna, especialmente las tareas sexuales*, dice Despentés. Un contrato donde el hombre tiene la prioridad de desarrollarse profesionalmente, donde es él quien

debe recibir el reconocimiento, donde es él quien debe triunfar y donde la mujer, como razona Federici, *tiene que realizar el trabajo doméstico, de forma gratuita, haciéndole creer que se trata de un acto de amor. Es el papel de amorosas sirvientas no asalariadas.*

l) *Cada vez son menos los hombres que se arriesgan a traducir el amor, la sinceridad, la honestidad, la austeridad, la compasión o la solidaridad en hechos concretos*, dice Sinay y no sé cómo explicártelo, querido, sin que suene a una de esas sentencias judeocristianas que tantas calamidades le han acarreado al ser humano. Se me ocurre, quizá, hablarte de aquellos dos hombres disidentes de la heteronorma con quienes busqué refugio después del #MeToo. Son hombres que no establecen manadas ni requieren del aval masculino. Son hombres que no se vanaglorian de sus triunfos, ni se autopromocionan. No buscan el aplauso ni viven del número de seguidores o de *likes*. No están en el *spotlight*. Son hombres que no se asumen como los salvadores del mundo ni andan por la vida sintiéndose el Valiente de la lotería mexicana, pese a que trabajen con el horror. Tampoco se creen indispensables para el funcionamiento del mundo, ni andan de bravucones, mentándole la madre a los poderosos desde Twitter. Son hombres que no se expresan de modo autoritario, que les llaman los *patitos feos* porque han priorizado la crianza de sus hijos, aunque eso haya postergado un ascenso profesional, perder un ingreso o habitar otras masculinidades no hegemónicas. Son hombres que, contrarios a ti y a la mayoría de tu generación, comprenden qué es el *Gaslighting*, el *Mansplaining* y otras micro agresiones que pasan desapercibidas en un país donde pasa inadvertida la muerte. Son hombres que han tomado distancia de los hombres. Porque bien dijo Piglia que *para hacer lo que uno quiere hacer es necesario ser capaz de rechazar y de perder otras cosas.*

m) Cuatro niñxs desaparecen cada día en México.⁷ Cuatro niñxs más son asesinados. Treinta y cuatro niñas de las decenas que diariamente son violadas quedan embarazadas. Nueve de cada diez mujeres no denuncian violencia de género. Seis de cada diez sufren violencia muy severa por parte de su pareja. Dos de cada tres mencionan haber vivido algún tipo de violencia desde los 15 años. Treinta y dos por ciento de los feminicidios ocurrieron en casa de la víctima. Nueve de cada diez mujeres son acosadas en el transporte público de Ciudad de México. En seis de cada diez hogares el padre es una figura ausente, a pesar de vivir ahí. Sesenta por ciento aumentó la violencia⁸ contra la mujer en el hogar desde que empezó el confinamiento por el coronavirus. Mil seiscientos ocho mujeres en México⁹ fueron asesinadas de enero a mayo de este año. Veintitrés mil 460 fueron lesionadas. Ciento ocho mil setecientos setenta y ocho llamadas se atendieron en el 911. Veracruz es el estado mexicano más peligroso para las mujeres. Los hombres somos

7 Cifras de febrero de 2020.

8 Cifras de la ONU, sede México, julio 2020.

9 Cifras del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad.

los principales transmisores del VIH. Hay más demandas por negar la paternidad que por reconocerla.

n) El hombre rompe el paradigma del machismo, querido, cuando deja de culpar a los demás y cuestiona sus conductas. Cuando cuida de otro hombre o le da la mano a quien se cayó. Cuando reconoce que no puede, que no sabe o que ha sido vencido en buena ley. Cuando entiende que un *no es no*. Cuando deja de competir con otros hombres. Cuando respeta los límites de velocidad. Cuando se preocupa por su salud. Cuando entiende que su pareja no es la misma persona que construyó en su mente. Cuando se calla y escucha. Cuando entiende que no es un ser superior. Cuando destierra de su lenguaje palabras que humillan a las personas. Cuando detiene la confrontación. Cuando conversa con los hombres sobre el machismo o cuando rechaza, en palabra y en actos, la conducta o el discurso misógino de otros hombres; mucho mejor si se trata de los amigos.

En tu caso, querido, puedes evitar los enfoques machistas en tus textos. Puedes denunciar a quien al interior de las redacciones acose o descalifique a las mujeres a través del salario, del organigrama, del cuestionamiento de sus reportajes, de las órdenes de trabajo, del trato, etcétera. Butler dice que el mundo será más seguro cuando los hombres rompamos el pacto masculino, que no es otra cosa que romper el silencio cómplice. O también puedes cuestionar (y encontrar la fórmula de evadir) el mandato masculino que gobierna al periodismo: ser valiente, ser macho. Quizá sea renunciando a los grandes espacios. Quizá sea alejándose de los medios que insisten en el periodismo del *click* o en el Periodismo *Gillete*, de los que habla Martín Caparrós. Quizá sea volviendo a empatizar con las víctimas. Quizá sea evitando hablar en primera persona. Quizá sea no dejándose llevar por la pasión del riesgo. Quizá sea reportando desde otro lugar, es decir, reportando a sabiendas de que eres privilegiado.

El paradigma del machismo, querido, y esa es la moraleja de la carta que nunca terminaré de escribirte, se rompe cuando uno reconoce que se ha pasado de verga. Eso no leí. Eso lo sostengo yo.

Epílogo

Comencé a redactar este texto a mediados de abril de 2019, casi un mes después de que el #MeToo detonara en México. Durante todo este tiempo, además de haber sentido que estaba viviendo debajo de la tierra y de haber aprendido más sobre el patriarcado y el machismo que en toda una vida en la que me reuní con hombres, fui entendiendo que yo no era/soy la víctima de esta historia, razón por la que reduje al mínimo las miserias y contradicciones humanas de personas con las que me he topado desde que fui denunciado. Durante este tiempo, también, compartí distintas versiones del texto con mis amigas, con mi terapeuta, con un par de

hombres disidentes y con uno que otro macho en rehabilitación. Y porque estoy agradecido con esas mujeres y con esos hombres que me escucharon cuando más lo necesitaba, y porque en casa no solo mamé el patriarcado sino también aprendí a encargarme de mi pasado, y porque no puedo regresar al día en que comencé a equivocarme y a comportarme como un depredador, y porque traicioné la confianza de algunas mujeres y estoy avergonzado con ellas, y porque Oscar Wilde dijo que *arrepentirse de un acto puede modificar el pasado*, y porque ahora puedo hablar públicamente sobre mi machismo y mis faltas, y porque psicológicamente necesito soltar este texto que me ha acompañado más de un año, y porque es hora de creerle a las mujeres, y porque el #MeToo se convirtió en una inesperada lección de vida y me ha ayudado a llevar con I la vida que estaba buscando, fue que me decidí a publicar esta carta que intenta ser una suerte de manifiesto contra mi machismo, y cuyo único propósito es que algún hombre descubra que la masculinidad tóxica es la que nos caga la vida.

Esto no es una disculpa pública ni es la carta de un macho herido, que de esas ya he redactado muchas.

No tengo una respuesta, por ahora, de cómo se repara el daño, más allá de las leyes. Pero sí sé que tendré que trabajar duro porque las consecuencias que impone el patriarcado, a través del machismo y que afectan a nuestra pareja, a la familia, a las compañeras de trabajo y a nuestra sexualidad, *son tan graves que no se permiten dilaciones*. Estoy convencido de que, pasada la pandemia, sin el feminismo no habrá nueva normalidad. La era después del Covid será feminista o no será. Mientras eso ocurre, es momento de colocarme en otro lugar: al lado de los *outsiders*, el sitio donde se ubican quienes necesitaban una sacudida para alterar su vida para siempre.

Julio de 2020. Domicilio conocido.